

benéfica se determina en la conciencia de este pueblo. Colmada la medida de dolorosa experiencia, dentro de la cual queda el escombros de muchos fracasos sucesivos, el sentimiento público se empina ya sobre sus desencantos y busca las risueñas lontananzas que en su afán desorientado anterior nunca buscara. Es el momento, pues, de que los escépticos que ya comenzábamos a desconfiar del triunfo de la evolución y paseábamos el pensamiento en los jardines de una redención menos platónica donde revientan las flores encarnadas de la revolución, vengamos a lidiar nuestra última batalla, la que habrá de hinchar talvez la vela de nuestras esperanzas, ó dar cumplida justificación á nuestro retraimiento venidero y á nuestros torvos sueños de acción desesperada.

Por eso hemos venido á plantear sobre otras bases y encaminar hacia otros rumbos el trabajo político que hemos de acometer con decisión inquebrantable, si como esperamos, se trata aquí de consagrarse á la realización de un ideal grande y generoso que, como el sol, ha de calentar nuestras conciencias fundiéndolas en un solo sentimiento, en un solo anhelo de bienestar efectivo para el país.

El núcleo de juventud que ahora se forma, deberá tener su vida propia con su aspiración determinada. Un organismo sano y joven, capaz de las más valerosas resistencias, que sin perder de vista el plan general de la campaña electoral, funcione por su cuenta, realizando un detalle cualquiera de la lucha,—el más peligroso, el más difícil si se quiere,—conservando en todos los momentos la libertad de acción que le permita ser en realidad una gran fuerza en marcha á la cabeza del partido por cuyos ideales campeará. Desde luego, como génesis de esa fuerza incontrastable que le dará personería en el debate político y como luz que ha de orientarla y de ponerla á salvo de la sospecha de merodeadora que con sobrada justicia ha caído siempre sobre las asociaciones de esta índole, es indispensable el compromiso solemne otorgado ante el país por todos los jóvenes que aspiren á integrarla, de no aceptar por ningún motivo empleo público alguno en el nuevo gobierno que del trabajo actual ha de surgir, excepción hecha de los puestos en la enseñanza, tan necesitados de un soplo de energía vivificadora. La importancia de tal renuncia, se explica así: á esta agrupación de juventud corresponderá en gran parte la obra de la propaganda en las tribunas de la plaza y en los estrados de la prensa.

Hasta hoy las fuerzas enemigas, siempre han podido tachar de interesados y logreros á los propagandistas del adverso bando, y la experiencia se ha encargado de demostrar la exactitud de tales cargos. De allí que la palabra de esos apóstoles ocasionales sea ya mirada con desconfianza por la ingénita perspicacia del pueblo. ¿Qué valor moral tan grande no tendrá, pues, la voz que antes de dejar oír sus acentos en la multitud se ponga á salvo de posibles ambiciones que la entorpezcan y la descrediten? ¿Cuál no será el sugestivo valor de sinceridad que lleven los es-

fuerzos, escudados por esa garantía de desinterés que habrá de enaltecerlos? Y sobre todo, una organización económica nueva pide á gritos la situación angustiosa del Estado. Hemos llegado al colmo del derroche y precisa regresar hacia la austeridad y buen juicio de las épocas de oro de nuestra economía. La reducción del presupuesto se impone como una necesidad imprescindible al próximo gobierno y sólo por este camino puede llegar á conseguirse. Es desgraciadamente la juventud entre nosotros, la que consume infructuosamente gran parte de los caudales públicos, atada á los postes de una incapacidad para el trabajo; y mientras contra ello no se reaccione, imposible nos será salir del atascamiento económico en que irá á perecer nuestra energía.

Se me dirá talvez que esto no es bueno, que no debemos incapacitarnos para hacer sentir mañana nuestra influencia en la gestión administrativa, cerrándonos las puertas del Ministerio y del Congreso. A esta al parecer juiciosa consideración respondo así: no es precisamente desde el Ministerio y el Congreso, desde donde puede el elemento bien intencionado de un país intervenir eficazmente en los negocios de la cosa pública; y por el contrario, la práctica nos ha demostrado que el parasitismo es planta activa que arruina toda energía y atrofia toda alta iniciativa que logra ascender con el fardo de sus buenas intenciones, á esos puestos en que la astuta maga de la razón de estado colocó el veneno de las crecidas remuneraciones. La juventud tiene otros campos más dignos de la batalla incesante que le es propia por la naturaleza de su fuerza impulsiva, constante en todos los pasajes de la Historia. Con la renuncia que aconsejo se logra un fin inmediato que hará sentir sus beneficios en la gestión política que ha de venir luego, y un fin más distante pero no menos apreciable y trascendente de higiene social, que esparcirá sus fulgores en el porvenir, cuando por sobre las falaces glorias de una posición política, se alcen otras más brillantes y legítimas glorias para los hombres que marchen hacia más risueños y dilatados horizontes.

Mientras todo ese pesado organismo político que aplasta y sangra la vitalidad del pueblo sea todavía una dolorosa necesidad en las presentes épocas, hombres no han de faltar para ocupar esos lugares vacíos, puestos decorativos casi todos, propios para la ancianidad valetudinaria que agotó en las jornadas de la vida su audacia y su vigor. Los jóvenes entre tanto, huyendo de esa especie de beneficencia pública, debemos salir á la brega por los campos que abra á las iniciativas el nuevo impulso regenerador que ya no nos tendrá delante como un estorbo infranqueable.

Mientras el avance constante y victorioso de las ideas de solidaridad y de concordia humanas no logre hacer innecesario el yugo del Gobierno, debemos tratar los que con sinceridad esperamos el advenimiento de aquel ideal glorioso, de ir simplificando el engranaje administrativo hasta hacerlo tan

sencillo y tan benévolo que ya no oprima á nadie ni provoque en las rebeldes fuerzas que esclaviza, esos estallidos formidables que asombran cada rato la atención del orbe.

Si ansiamos con sincero fervor una reforma, debemos comenzar por reformar los viejos procedimientos que ya se caen á pedazos corroídos por la lepra de su desprestigio. Antes se escogía á un hombre, se le ponía á cuéscas la pesada cruz de muchas esperanzas de medro personal y se le hacía marchar á la cumbre del solio entre la algarabía de nuestros vítores y la insensatez de nuestras pretensiones; y cada ambición llevaba su *inri* para colocarlo sin piedad sobre el fracaso probable de sus descabellados apetitos. Hoy la empresa debe llevarse de otro modo.

Es preciso formarnos de antemano un plan de nueva vida económica y política, en el cual se cristalicen todas las necesidades populares. Que en él se resuman todos los anhelos, que en él se confundan todas las esperanzas. El hombre que tome á su cargo la dirección de esa reforma, debe llevarla no como una cruz inaguantable que provoque sus caídas, sino como un encargo fácil, sostenido por todos aquellos que vean en él la realización de algún noble ensueño de su vida.

Por eso es indispensable que esta asociación juvenil sea libre y fuerte. Los hombres que en ella se comprometan, han de estar dispuestos á apoyar eficazmente con toda la fuerza moral y material que en el curso de esta lucha logren desarrollar, los actos gubernativos que vayan cumpliendo las aspiraciones colectivas.

Debemos darnos exacta cuenta del valor y la trascendencia de la serie de actos que hoy hemos venido á iniciar. Un hombre solo, rodeado de ambiciones desenfundadas que le rugen y le amenazan impiamente, es incapaz de realizar empresas que requieren soberana pujanza, tales como la reforma económica que es preciso establecer á todo trance. Necesita, para hacerlo, sentir á sus espaldas el impulso robusto y decisivo de una colectividad que arrostre con él todos los riesgos que erizan la ruta. De esa corriente de opinión resuelta á todo por el acicate de un alto pensamiento, debe ser vanguardia el grupo juvenil que aquí estamos formando. En él estarán fijadas todas las miradas del país y él llevará al triunfo los anhelos casi ignorados hasta hoy, de esa gran fuerza oscura que trabaja y sufre con dolores no sospechados todavía y que tiene derecho á hacer oír alguna vez sus justas exigencias.

Conviene al supremo interés de la reforma, que nuestra propaganda sea tranquila y persuasiva. Que hagamos honroso empleo de nuestra palabra, desarrollando uno á uno ante los pueblos ansiosos de nuestra explicación, los puntos todos del programa que compendia sus necesidades y sus esperanzas rezagadas en los rincones de su escepticismo. El hombre que llegará al poder sobre los lomos de nuestro leal empeño, apenas si debe ser nombrado como garantía de honor y de lealtad. Así desterraremos para siempre esas incondicionales reverencias que